

y nuestra literatura. Su labor, aparte de sus libros y ensayos publicados en revistas especializadas, se proyectó también a otras universidades americanas, a través de cursos y conferencias en la Universidad de Puerto Rico, en Stanford University (California), en Middlebury Collage (Vermont), en Duke University (Durham, North Carolina), en Florida State University (Tallahassee, Florida), etc. Y como fruto de esta labor vinieron muchas distinciones profesionales y académicas norteamericanas: en 1940 doctor *honoris causa* en Middlebury College (Vermont), en 1944 miembro de la Hispanic Society (New York) y presidente honorario de Sigma, Delta, Pi (Illinois), en 1945 miembro de la American Academy of Arts y Sciences (Boston), miembro de honor de la American Association of Teachers of Spanish, y miembro del Hispanic Institute in the United States. En este último dirigió la *Revista Hispánica Moderna*, desde 1939 hasta su jubilación en 1957. Dos grandes satisfacciones de su vida en este período fueron: en 1950 la pronunciación radiada en la *BBC* de una conferencia con motivo del Milenario de Castilla; y en 1956, que la Comisión Permanente de la Asociación de Academias de la Lengua Española le encargase la publicación de una *Guía de Pronunciación Española*, para ser utilizada particularmente en todo el continente americano.

Los manuscritos del *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*, al estallar la guerra civil sufrieron también las mismas peripecias que su director. En el verano de 1936 estaba totalmente terminada la encuesta de la zona castellana y gallega; en la catalano-valenciana faltaban tan sólo unos lugares del Norte de Gerona y del Rosellón; y en Portugal, por unos cambios sufridos en el equipo, sólo se había empezado el estudio. Al tener que abandonar Madrid, para proteger los manuscritos, Navarro Tomás consideró que lo mejor era tenerlos bajo su control. Así, en las sucesivas etapas de la evacuación, los trasladó consigo desde Madrid a Valencia, y después a Barcelona y a Nueva York. Llegarían incluso a acusarle de haber querido apropiárselos; pero él los tenía tan sólo como un depósito temporal, esperando que llegara el día feliz de regresar a España y reanudar el trabajo. En 1951, al perder la esperanza de cambio en la situación política española, decidió devolver el ALPI al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, del cual dependía, transformado, el antiguo Centro de Estudios Históricos. Los entregó personalmente a dos de sus antiguos colaboradores, Miguel Sanchís